

Una mirada de *voyeur* a los locos años 20

Javier Gómez

En los últimos años, son varios los escritores cubanos que se han instalado en Miami para, desde aquí, proyectar su obra hacia el mundo. Uno de ellos es Antonio Orlando Rodríguez, quien llegó hace tres años a nuestra ciudad. Esta semana, la editorial Alfaguara lanza en Bogotá su novela [*Aprendices de brujo*](#) con una fiesta "años 20" en el *foyer* del Teatro Colón de esa capital. Horas antes de que tomara el avión para asistir a la presentación de su obra, conversamos con Antonio Orlando.

"Comencé a escribir esta novela cuando vivía en Bogotá, para complacer a dos personas que insistían en que lo hiciera. Una me bombardeaba con *mails* desde Miami y la otra me lo reclamaba en vivo y en directo. Después que comencé, me atraieron las posibilidades de ese género literario porque permite construir un mundo en el que los personajes adquieren vida propia, y a veces escapan a los designios del autor. Escribiéndola, supe lo que era ser un demiurgo". Cuando le pedimos que defina el libro, responde: "Me gustaría pensar que es una mirada de *voyeur* a los locos años 20".

En *Aprendices de brujo* hay dos personajes-narradores y cada uno desarrolla un relato que se entrecruza con el del otro. "Prefiero que los personajes cuenten las historias, crearles una voz propia, una manera de ver las cosas y de pronunciarse. Los narradores de esta novela tienen miradas y experiencias muy diferentes. Eleonora Duse, la artista italiana que revolucionó la actuación en su época, es una mujer que habla desde las postrimerías de su vida, sin apasionamientos, con una ironía muy fina y una gran desesperanza. Por el contrario, el otro narrador es alguien muy vital. Es un bogotano joven, elegante y adinerado, que juzga acerbamente la sociedad de donde proviene, pero incapaz de mover un dedo para transformarla, y que se deslumbra al llegar a La Habana, una ciudad cosmopolita y desprejuiciada. El mayor reto fue recrear la expresión de un bogotano de principios de siglo, y encontrarle el tono y el registro íntimo a la Duse".

El trabajo de Antonio Orlando para la novela conllevó una ardua investigación. Leyó cinco biografías de Eleonora Duse y todo lo que la prensa habanera publicó sobre sus funciones en esa ciudad. También estudió la vida de Bogotá y La Habana durante el período en que transcurre la acción. "Buena parte de lo que se cuenta en *Aprendices de brujo* está tomado de los periódicos y revistas de la época. El resto son puros inventos".

En las páginas de la novela, los personajes creados por el autor se mezclan con figuras de la realidad. "Cuando esos bogotanos llegan a La Habana de 1924, coinciden con Julio Antonio Mella, el presidente Zayas, la condesa de Buena Vista, los Loynaz del Castillo y Carpentier, y con otros visitantes extranjeros como la sufragista Carrie Chapman Catt y las artistas Gloria Swanson

y Esperanza Iris. Esa interrelación de personajes reales y ficticios fue muy divertida y gratificante".

Varias novelas contemporáneas cubanas hacen énfasis en el erotismo. ¿También esta?, le preguntamos. "Hay erotismo, pero mediatizado siempre por el humor y la hipérbole, y eso impone un distanciamiento. La escena más erótica de la novela es una orgía y está descrita usando el lenguaje de la numerología. Si alguien se excita leyéndola, que saque turno para un siquiatra", responde el autor.

Le preguntamos a Rodríguez si en su novela está presente lo político y de inmediato responde escuetamente: "¿Crees que sea posible escribir sobre Cuba y evadir lo político?".

Antonio Orlando Rodríguez comenzó a trabajar como guionista de radio y televisión en La Habana siendo un adolescente. A los 19 años empezó a publicar obras para lectores infantiles y, posteriormente, dio a conocer dos libros de cuentos para adultos –[Striptease](#) y [Querido Drácula](#)– que la crítica cubana elogió por su calidad literaria y sus búsquedas formales. Esos dos títulos, de fines de los años 1980, se agotaron en pocas semanas. (¿Quizás porque, a diferencia de otros muchos autores cubanos de su generación, que escribían sobre becados y macheteros, este autor le apostaba a la fantasía, las metáforas subversivas y el absurdo?) En 1991, se radicó en Costa Rica, donde coordinó programas educativos de la Unesco para Centroamérica, y en 1994 llegó a Colombia, donde fue subdirector de Fundalectura. A fines de 1999, su brújula buscó el rumbo de Miami.

Al indagar sobre cómo han influido estos años fuera de la isla en su quehacer literario, comenta: "Me liberé de muchos lastres, de censuras y autocensuras. La lejanía me permitió entender mejor la esencia de lo cubano, despojándola de lo circunstancial, lo externo y lo pintoresco. Aprendí a ser menos chovinista, y a respetar y a nutrirme de las culturas y los países que he conocido. El reconocimiento profesional hizo de mí otra persona, pero creo que como escritor no he cambiado demasiado".

Publicado en el semanario *Triunfo*, Miami, 19 de febrero de 2003, p. 22.